CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Creación y ecología 3

Hans Urs von Balthasar 5 **Creación y Trinidad**

Leonor Colombo de Cudmani 13 **La creación y el universo de la física contemporánea**

Hans Eduard Hengstenberg 27 **Evolucionismo y doctrina de la creación**

Fernando Ramírez Rossi 38 **Diálogo entre el imaginario colectivo y un paleontólogo sobre "El orígen del hombre"**

Luis Baliña 59 **Perplejidades de un filósofo ante un paleontólogo**

Lucio Florio 61 **Creación y Mundo Sacramental**

Peter Henrici 73 **Hombre y naturaleza en la era técnica**

Juan B. Terán 83 **Ecologistas tucumanos "avant la lettre"**

Alberto Espezel 84 **La mirada de Guardini**

Julia Alessi de Nicolini 93 **Dios en nuestras manos (los gestos del amor)**

Luis Baliña - Alberto Espezel 95 **Testimonios: José María de Estrada**

Hombre y naturaleza en la era técnica

por Mons. Peter Henrici

De entre las numerosas "comunicaciones" en que el hombre está situado, hay una de ellas fundamental, apenas registrada: la que media entre hombre y naturaleza. Entender al humano "estar en el mundo" como propia "comunicación" no significa algo banal ni falto de sentido: ello quiere decir, simplemente, hacer patente uno de los aspectos a menudo menos destacados de la relación entre hombre y naturaleza.

I. En oposición al animal, que está tan inmediatamente insertado en su medio de vida, que constituye con él una unidad, la relación del hombre a la naturaleza es siempre sólo mediata. Ella se configura también como "comunicación": el hombre no dispone de un automatismo instintivo; en él existe una especie de umbral de contención, entre la excitación del sentido y la reacción consiguiente que nosotros llamamos ser consciente. Ser consciente significa que el "yo" toma distancia de lo que percibe y precisamente por ello es objetivada una "cosa" percibida. Como consecuencia de ese distanciamiento no se recubre el "mundo percibido" y "el mundo real" como en el animal, sino que "el mundo percibido" se extiende ampliamente sobre la "realidad"; ya no se trata simplemente de un "ambiente", sino del "mundo " como tal.
En el concepto fenomenológico de "estar en el mundo" existe también, cuando se lo toma literalmentre, una contradicción, pues para el hombre se da "mundo" sólo en cuanto su existencia es más y algo distinto de un simple estar–ahí, es decir cuando él es consciente de lo dado y en consecuencia entra con él en una "comunicación". Dicho en otra forma: nuestra relación a lo da-

*Monseñor Peter Henrici, obispo auxiliar de Chur. Antiguo profesor de filosofía moderna en la Universidad Gregoriana, de Roma.

do no juega únicamente, ni tampoco principalmente, a lo largo y a lo ancho del nivel de los antepredicativos, sino en un predicativo, en el nivel del juicio. Por lo demás es digno de notar que tanto Heidegger como Merleau–Ponty aducen como ejemplos de estar en el mundo, pretendidas referencias a los productos de la actividad humana: las del martillo, también las de los utensilios de escribir. Con esto ellos dan a entender, aparentemente sin ser conscientes de ello, que el mundo del hombre, el "ambiente" que corresponde a su naturaleza, "en el que" él está, no consiste en lo dado naturalmente sino en los productos de la *cultura*.

Porque el hombre, a consecuencia de su ser–consciente, no está inserto inmediatamente y sin problemas en un medio de vida, él debe *crear primero conscientemente* su ambiente, que debe en lo posible sobrevivirlo. Porque creado en libertad, se puede ajustar este ambiente cultural casi sin límite, de modo que el hombre pueda sobrevivir, igual que el ambiente natural.
En vista de su papel mediador entre el hombre y la naturaleza, se puede ensayar el entender la cultura como una especie de *lenguaje,* como un sistema de cifrado y descifrado por el que el hombre envía sus mensajes a la naturaleza y recibe mensajes de su parte. Los trabajos de las escuelas naturalistas y semiológicas en el campo de la antropología cultural van en esta dirección. Esto sería, sin embargo, una comprensión insuficiente del mundo de la cultura, pues ella no atiende, lo que él es *en sí y para sí.* La cultura no es simplemente una cosa intermediaria; ella constituye un miembro (relativamente) autónomo de una relación por la que el hombre entra, del dar y el recibir. La cultura es más que un lenguaje o un medio de comunicación; ella constituye una auténtica "segunda naturaleza" (en caso de que una expresión que Aristóteles empleaba para la costumbre, pueda ser transferida a la cultura): una naturaleza creada por los hombres, que asuma para los hombres la misma función que la naturaleza– ambiente para el animal.

Por consiguiente, surge el problema de la inserción de esta segunda naturaleza en la primera y en este punto asoma el muy discutido *problema ecológico* del hombre. El se refiere no tanto a la relación del hombre y la naturaleza, sino más bien a la relación del mundo de la cultura humana con el ambiente natural, desde el cual ha surgido, y en el que él debe incorporarse de nuevo.

II. Para el problema así planteado se presentan dos clases de soluciones. Para el problema ecológico, una promesa en la belleza armónica, que ya está caracterizada en los primeros testimonios antiguos de la habilidad humana y que encontramos de nuevo en la doctrina de Leibnitz de la armonía del reino de

la naturaleza y el de la Gracia, que de nuevo ha asumido Kant mediante los postulados de la razón práctica. Este primer tipo de solución aspira a integrar la naturaleza y la cultura en *un gran Todo*, que se simboliza mediante ritos y que es construido de hecho ya sea mediante actos rituales o mediante la apelación a la instancia divina y a su intervención armonizante. Aquí, por el contrario, no se evita una solución religiosa y simbólica de esta especie, pues tal solución no basta ciertamente al espíritu humano, sino que deja sin resolver los problemas prácticos que hoy se plantean en el campo de la protección del ambiente.

Por ello debe buscarse otro tipo de solución conceptual y técnica, que se basa en un *análisis* filosófico y científico–natural de los problemas. Para una solución de este tipo podemos plantear aquí unos prolegómenos.

1. Toda actividad cultural se funda en la *capacidad de abstracción* que caracteriza al hombre. Los productos humanos, que constituyen como todo a una civilización, quedan por ese motivo siempre abstractos. Comprobamos esto ya en los primeros testimonios prehistóricos de la actividad cultural humana. Ellos muestran simetrías geométricas, en general triangulares, que no se encuentran en ninguna parte en la naturaleza y no se pueden aclarar con fundamentos funcionales. Igualmente debe señalarse que las representaciones figurativas del arte prehistórico de tipo realista, que son las más antiguas, se transforman siempre en una creciente abstracción. Cuanto más avanza el hombre, tanto más abstractivo parece devenir. Esta capacidad para la abstracción y "descomposición" se debe al concepto mismo de naturaleza para el hombre, pues ella no corresponde a lo dado en su concreción y particularidad, sino a una realidad sintetizada por él y para sí como algo pleno y, por ello, normativo. Esta comprobación no sólo vale para la naturaleza externa, que no expresa el "medio" animal sino el mundo, del que el hombre toma distancia para situarse frente a él, mas vale también para la "naturaleza" del hombre mismo. El hombre ve en su propia "naturaleza" su propio ser dado como algo diverso y, por consiguiente, normativo.

De este modo es abstraída y objetivada la naturaleza como objeto de la visión filosófica, que busca descubrir la esencia de la *physis*, de la investigación científica, que se esfuerza por describir sus leyes, y también de la moral, que define la disciplina presentada, esto es, el apartarse de los deseos e intereses en los que el hombre (como ser abstractivo conscientemente) puede y debe detenerse.

2. En la naturaleza abstracta del objeto de las ciencias, se apoya la *técnica*. La técnica se da desde el comienzo del género humano, pues ya la fabricación de instrumentos y la controlada disposición del fuego valen como criterios decisivos en la plena hominización. Por lo demás, este doble criterio muestra ya la

doble significación de la palabra "técnica": se trata siempre con ello de una habilidad (techne); pero ésta puede servir, por un lado, para fabricar objetos o bien, por otro, para consignar la vida social (pensemos en el mantenimiento del fuego gracias a un orden social apropiado para ello).

Ahora los instrumentos que la técnica humana logra, tienen la función de reemplazar determinados órganos que faltan a los hombres, o que son conformados insuficientemente para su objeto. El hombre no tiene ni los dientes de un lobo ni las garras de un león. Los instrumentos que él se procura pueden reemplazar a ambos al menos hasta cierto grado, y las habitaciones caldeadas en su caso son para los hombres un sustituto de la piel protectora de las fieras. Gracias a tales medios sustitutivos, el hombre es la única "especie animal" capaz de habitar en todos los climas de la tierra y aun de sobrevivir en medios inhóspitos p. ej. en la luna o en el espacio interplanetario.

Esta función sustitutiva distingue claramente el instrumento humano del uso que hacen ciertos monos de troncos y otros objetos, para extender el alcance de sus miembros. La función sustitutiva presupone siempre una reflexión en el camino de la analogía: se busca algo *diverso* que consigue una *acción* semejante. La esencia de la técnica no debe, por tanto, buscarse en un proceso material de elaboración sino en una idea: una idea de una relación entre medios y un fin que todavía ha de alcanzarse. Para ser técnica, esta idea debe concretarse, es decir, realizarse en lo material.

En el fondo, esta concreción transcurre en tres etapas. Primero hay una *representación del fin* por realizar, esto es, no sólo tener una necesidad sino hacerse una idea de cómo esa necesidad puede satisfacerse, p. ej. mediante iluminación durante la noche o mediante un avión. Para llevar adelante ese proyecto se necesita, en segundo lugar, un invento técnico, esto es, un traslado del objetivo pensado a las posibilidades de realización que ofrecen las leyes de la naturaleza. El invento lleva, en el caso extremo, la imaginación de algo nunca acontecido aún, no preformado en la naturaleza de ningún modo, porque ello utiliza, a menudo, la ley natural contra la naturaleza. Así por ejemplo, el vehículo es un cuerpo poliédrico que, sin embargo, sólo muestra una fricción de rotación y la bombilla eléctrica ilumina por el arder de la combustión libre. Finalmente se debe dar existencia al objeto así encontrado, esto es, *fabricarlo*, lo que no sólo exige encontrar materiales apropiados para ello (y fuentes de energía), sino también imaginar un proceso total de fabricación, que a su vez debe reunir varias técnicas.

3. Pero se desarrolla ahora una especie de *diálogo* en cada una de las tres etapas de la elaboración de los objetos técnicos entre el hombre como técnico y la naturaleza. El fin es proyectado, en cuanto se examinan sus necesidades naturales y análogas y su satisfacción, que se encuentran en un estado diferente

en la naturaleza. El *invento* sucede en un constante ir y venir entre el espíritu, que persigue su fin, y las posibilidades que le ofrece la naturaleza. El inventor no es creador; él debe encontrar en la naturaleza la solución para su problema, y a menudo sólo se da una posible u óptima solución. En esta etapa puede no bastar al técnico observar solamente a la naturaleza o imitarla; él debe descubrir en sus latentes posibilidades, las que hasta ahora no han sido explotadas. Así era, p. ej., el problema del vuelo del hombre en tanto no resuelto, cuando se ensayaba imitar a la naturaleza, en cuanto se empleaban alas movibles; para resolverlo se debió combinar alas fijas y una fuerza propulsora producida por otro camino (que en el caso del vuelo a vela podía ser paradójicamente la fuerza de la gravedad). Finalmente, la *fabricación* del objeto sucede a menudo a la manera de una lucha. Los materiales de la elaboración oponen su resistencia y oponen al proceso de fabricación su propia ley, de modo que obligan al técnico a ejecutar arreglos y rodeos para lograr la deseada acción de la naturaleza. De modo que el producto elaborado aparece, a menudo, no sólo como una novedad nunca producida aún, sino propiamente como una victoria del hombre sobre la naturaleza.

III. Todo lo dicho vale –al menos en sus rasgos esenciales– para toda técnica humana, desde el "pedreo" de los tiempos primitivos hasta la astronáutica. Lo que aquí nos interesa son las condiciones específicas que impone, sea cual fuere la era tecnológica, a este diálogo del hombre con la naturaleza. ¿En qué se distingue la técnica de nuestro tiempo de la técnica a solas?
Primero y más profundamente, por los *esquemas de invención y fabricación*, que son esencialmente distintos de los de épocas anteriores.

En lo que toca a la fabricación, nosotros podemos distinguir a grandes rasgos tres maneras de proceder que se suceden en la historia de la humanidad.

- Edad de Piedra Antigua

Los tiempos primitivos sólo conocen la fabricación *por tomar*: se toma el material encontrado en la naturaleza, para hacerlo apropiado (más apropiado), para lo que se quiere utilizar. Con este proceder, parecen haberse realizado técnicas fijas de terminación, que durante miles de años y en todas partes del mundo seguían igual.

- Edad de Piedra Reciente

Con los tiempos más recientes, sobreviene un proceso más amplio de fabricación *mediante transformación*, que hasta el comienzo de la Edad Moderna era dominante. Se transformaba el material apropiado dado por la naturaleza para la fabricación de nuevos objetos. A este grupo de técnicas pertenecen la cerámica, el arte del tejido, el trabajo de los metales y la arquitectura. Tales téc-

nicas presuponen una larga, paciente observación de la naturaleza para descubrir las propiedades de los materiales naturales y sus posibilidades inherentes. A este estadio de la técnica corresponde, por tanto, una *física de la cualidad*, que fue desarrollada "científicamente" desde los presocráticos hasta los alquimistas del Renacimiento (y hasta Francis Bacon).

- El paso a la época moderna de la técnica se sigue, cuando esta física de la cualidad deja lugar a las *ciencias naturales cuantitativas* (exactas), que proceden del camino de la abstracción matemática. Estas ciencias hacen posible un tercer tipo de elaboración: la fabricación *mediante construcción*. (Propiamente parece aquí como en la física de la cualidad, que las técnicas se han adelantado ampliamente a las ciencias, que las funden teoréticamente y con ello hacen posible su impulso –piénsese, p. ej., en la invención de la rueda). Esta manera de fabricación, que se apoya en las *leyes abstractas* de la naturaleza, construye *máquinas*– nuevos productos técnicos, que, por así decir, son autónomas, en cuanto ellas crean necesariamente hasta los materiales requeridos para su realización. Aquí precede, por tanto, la idea de construcción a su "encarnación" en la naturaleza, y el hombre constructor no observa e interroga a la naturaleza, sino "obliga a la naturaleza a responder a sus preguntas" (Kant), en cuanto él la desmonta en espíritu en sus estructuras elementales, que se formulan matemáticamente y, por consiguiente, se pueden abreviar en su dimensión puramente cuantitativa o cuantificable.

En este estadio de la fabricación por construcción, la técnica no se reduce a un aspecto de la cultura humana entre otros; ella se desarrolla en un *sistema tecnológico*, en el que el "logos" de la técnica se inclina a dominar todos los campos de la vida humana. De este sistema, sólo podemos mencionar aquí unos rasgos destacados:

1- Como construcción técnica autónoma, la máquina debe disponer de su propia energía, que toma de los hombres primero el esfuerzo muscular y últimamente también (con técnicas cibernéticas) el esfuerzo de los nervios. Para suministrar esa energía a las máquinas, el hombre moderno ha empezado *a sustraer energía a la naturaleza,* que estaban almacenada desde hace miles de años en ella en forma de material orgánico combustible, o en forma de minerales (uranio). Ciertamente se realizaba, desde que el hombre existía, una cierta explotación de recursos naturales, que sus capacidades y también la alimentación humana traían consigo un cierto gasto (se quemaba, p. ej., lo que no se habría de cosechar), pero hasta en las más recientes centurias pasadas concernía esta explotación sólo a materiales que fácilmente se pueden renovar.

2- La técnica de construcción de máquinas está en segundo lugar, en acción recíproca con el *sistema económico*, no sólo porque las máquinas han cambiado desde el fondo el sistema de producción de bienes. El sistema tecnológi-

co ejerce menos pública pero constantemente, una presión sobre el sistema económico de salida y de regreso. La economía contrarresta difícilmente el impulso de producir de hecho lo que es técnicamente posible, piénsese en el acallar los aviones o en la televisión. Por su parte ejerce ella presión en el sistema tecnológico, en cuanto conforme a su ley de la optimización de las ganancias, favorece no las soluciones más perfectas, sino las más lucrativas económicamente. El más claro ejemplo de tal presión de la economía en la técnica nos lo ofrece el auto, una solución técnicamente menos elegante, si se compara el medio y el fin (transporte individual): sin embargo ella es económicamente productiva de ganancias.

Esta presión recíproca de un sistema en el otro es ejercida, evidentemente (y a menudo casi inadvertidamente), cuando ambas, la técnica y la economía, se mueven en el campo del "infinito malo", es decir, en lo *acumulado sin límites.* En el momento en que la técnica empieza a construir sus objetos, no se da, en principio, ningún límite para esas construcciones. Y cuando ella produce y trae al mercado estos objetos que se pueden construir sin límite, la economía se crea su ley del indispensable crecimiento constante, crecimiento, en principio, igualmente ilimitado. Bajo esta superficie común, que el imperativo tecnológico distingue a veces difícilmente del imperativo económico, se esconde, sin embargo, la diferencia esencial de que el progreso técnico tiene por base la *razón* inventora, mientras la economía como "sistema de necesidades" (Hegel), parece basarse en los *deseos* de los hombres –irracionales en el caso límite–. Por tanto aspira el progreso técnico hacia lo siempre más perfecto, mientras la expansión de la economía conoce sólo el simple, siempre más, sin espíritu. A este principio sin espíritu, que es el motor de la economía, debemos agradecer verosímilmente que nosotros nos veamos confrontados hoy tan dramáticamente con el problema de los "límites del crecimiento", mientras que el progreso técnico, ya según su naturaleza, siempre debe ser pensado en primera línea en lo "naturalmente posible".

3- Por encima del sistema tecnológico –aquí reside su tercer aspecto fundamental, que nosotros debemos hacer resaltar– se encuentra una visión totalmente definida de la realidad y de sus estructuras: una ontología y una lógica. Para caracterizarla brevemente, se puede decir que ella es esencialmente cartesiana, dicho en general, somos prekantianos. Su idea fundamental común es la sustitución de la vieja "Filosofía originaria" por una "*matemática universal*".

El avanzar matemático es en las "Reglas de Descartes" el prototipo de todo método y, por tanto, la lógica misma. Por consiguiente hay una ontología combinatoria de la que Leibnitz nos ha dado el más grandioso ejemplo, lo verdadero cercenado de lo computable.

Lo que en esta visión es finalmente mortal –la palabra no es demasia-

do fuerte– es lo que aquí la Matemática quiere hacer pasar por universal. Ella no deja ningún lugar para otra visión de la realidad o para algo real de otra especie. Una consecuencia de ello es que nosotros hoy veamos surgir junto a la genuina técnica, "técnicas" psicológicas, sociales, políticas, administrativas o de información, que pretenden manejar la naturaleza humana con los mismos métodos que los objetos técnicos.

Todo esto conduce a una más amplia , aun más radical consecuencia. No conocemos técnica y matemática ni verdadera ni falsa, ni buena ni mala, sólo la exacta y la inexacta. En la medida también en que las técnicas se infiltran más en todo el campo de la vida humana, se hace más fuerte la tendencia de eliminar gradualmente de ellas toda referencia a normas trascendentes de lo verdadero o de lo bueno y malo. Para los hombres prácticos modernos, la naturaleza –tanto la externa como la humana– ejerce la función de proporcionar las normas trascendentales. De este modo, ¿cómo estamos hoy en la era tecnológica?

IV. Así volvemos a la pregunta de la que hemos partido. El largo viaje que hemos hecho nos ha suministrado diversas contribuciones para una respuesta. La relación entre los hombres y la naturaleza nos aparece como una relación de *comunicación*, pues ella no es inmediata, sino proporcionada siempre por la cultura. No la naturaleza, sino la cultura es "ambiente" del hombre, y el problema ecológico es la inserción de la cultura en el medio natural. Esto nos deja ver, por otra parte, que la misma "naturaleza" no es algo dado originariamente, sino que corresponde al *conocimiento* universalizante y esencialmente *abstractivo* que tiene el hombre de lo dado. Y vemos finalmente que este conocimiento abstractivo de la naturaleza, bajo el dominio de la moderna técnica de construcción, se limita a lo que es *cuantitativamente sujeto a las matemáticas.*

Con esto se limita singularmente la capacidad del hombre pensante, que percibe la naturaleza y la trae, por consiguiente, para ser definida y para "existir". Mientras el hombre primitivo, el que trabajaba con sus manos y aun el alquimista del Renacimiento, estaba obligado a observar la naturaleza, a escucharla, para arrancarle el misterio de su disposición y tomar lo factible de ella, el hombre constructor impone a la naturaleza sus estructuras de pensamiento desde el fondo matemáticas; más aún, él está confrontado sólo con sus modelos científicos, no con la naturaleza misma, en la que "no se da ninguna línea recta; y aun es quebrado el rayo de luz" (Blondel).

Aun el saber primero sobre las cosas naturales que un niño de nuestras ciudades modernas recibe, le es proporcionado por medios técnicos de

comunicación, o por otras manipulaciones de la naturaleza –pensamos en el zoológico, donde los niños de la ciudad pueden ver ganado. Igualmente casi todos los materiales que el hombre trabaja hoy, son productos, ya dispuestos por la industria humana. De este modo, el hombre de la era tecnológica, separado de todo contacto inmediato con la naturaleza, sólo se comunica consigo mismo y con sus productos. La naturaleza se le presenta sólo en los límites de su actividad técnica igual que lo trascendente, la metafísica, se hace presente al pensamiento filosófico moderno sólo en los límites del pensamiento humano. Tampoco maravilla si la naturaleza misma se muestra a los hombres como un límite; ella es para nosotros el límite cuantitativo insuperable, que resiste a la extensión universal de nuestra civilización tecnológica. Por ello, porque el hombre constructor ha reducido su comunicación con la naturaleza a una *comunicación con mano única, choca él con la naturaleza.*

¿Qué hacer en esta situación que amenaza con volverse trágica? Nuestras reflexiones pueden mostrarnos para ello una solución de principio: en cuanto es posible, renovar una especie de *dialogo entre nuestra civilización tecnológica y la naturaleza.* Este diálogo obviamente no puede consistir en una vuelta nostálgica a las culturas del pasado. Aquí, como en todas partes, el pasado ha transcurrido para siempre. En cambio obedecer y observar sencillamente la naturaleza, como lo hizo el hombre premoderno, también debe hacerlo consciente y expresamente el hombre de la civilización posmoderna, que mediante las ciencias cuantitativas ha reducido a silencio la naturaleza, y ha de *"darle a ella la palabra"*. Sin hablar figurativamente, esto afirma que las ciencias y técnicas posmodernas deben dirigirse a aquellos aspectos de lo dado por la naturaleza, que las ciencias "modernas" han dejado no atendidos o los han excluido: lo cualitativo y lo global. Por lo demás, se puede advertir ya un cierto vuelco en esta dirección, en cuanto las ciencias biológicas enderezadas a la observación que, según su esencia, trascienden los problemas mecánico–físicos y globales aparecen no sólo en el horizonte de estas ciencias, sino en la misma economía.

Para poner en marcha un nuevo diálogo del hombre técnico con la naturaleza, se exige, a nuestro modo de ver, un triple cambio:

- En el nivel tecnológico, las técnicas constructivas abstractas, que aspiran al máximo (en velocidad, confort, rendimiento, etc.), deben retroceder frente a técnicas más sutiles, más atentas a lo posible y naturalmente recto y enderezadas a lo *óptimo* (el encaje de la obra humana en la totalidad de lo dado por la naturaleza). Un cambio en ese sentido parece señalarse, por ejemplo, en los campos de la medicina y en la tecnología de la energía.
- Más acá y más allá de lo puramente técnico han de descubrirse de nuevo más

amplias dimensiones de lo dado por la naturaleza: lo global, también lo metafísico. Dicho de otro modo: la naturaleza no puede ser sólo objeto de analisis científico y de manipulación práctica. A ella se debe no sólo *contemplación* estética, sino filosófica, para descubrir los valores que allí residen, no sólo las normas trascendentales (y aunque fuera también sólo el respeto de la naturaleza como un todo con sus ciclos reguladores inherentes en ella), sino también un sentido global de la vida y de la actividad del hombre.

- El hombre posmoderno debe encontrar este sentido global en cuanto descubre para sí un papel, que no parece aún haberse dado nunca: no ya el de un siervo o un señor de las fuerzas naturales, sino el de un *responsable* del bien de toda la naturaleza, en cuanto él pone bajo contralor no tanto los procesos naturales, sino también su capacidad inventiva, productiva y conformadora. Este papel de "ser responsable", que parece nuevo, es en verdad el más antiguo, la vocación originaria de la humanidad: ya fue prescripto a Adán en el Paraíso, "para cuidar y atender a él, *ut custodiret eum*" (Gén. 2,15).

Traducción: Alberto Espezel Berro